

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
LUZ-SAILUZ. ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 2: No. 2, Mayo-Agosto 2005, pp. 11-26

La estética en Marshall McLuhan: percepción y tecnología

*Gabriel Andrade*¹

Resumen

El objetivo de este artículo es estudiar la forma en que el teórico de la comunicación, Marshall McLuhan, entendía el desarrollo del arte. Para McLuhan, la imprenta impuso una forma de pensamiento 'lineal', extendiendo estos principios a las formas artísticas. Pero, a partir de la era electrónica, Occidente marca un regreso a las formas artísticas tribales, alejándose de la 'linealidad' que predominó desde la invención de la imprenta.

Palabras clave: McLuhan, Estética, Comunicación.

Marshall McLuhan's aesthetics: perception and technology

Abstract

The goal of this article is to study the way that Marshall McLuhan, the great communication theorist, understood art's development. For McLuhan, the printing press imposed a lineal way of thinking, extending these principles to artistic forms. But, with the electronic age, the West has returned to the tribal artistic forms, moving away from the lineality that predominates ever since the invention of the press machine.

Key words: McLuhan, Aesthetics, Communication.

Recibido: 05-04-05 Aceptado: 26-05-05

¹ Sociólogo. MSc. en Filosofía. Adscrito al Programa de Promoción al Investigador (PPI) Nivel II. División de Estudios para Graduados. Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia.

Introducción

Francis Fukuyama (1997) postulaba en *The End of History* que, tras siglos de un proceso dialéctico, la Historia había llegado a su fin hacia el término del siglo XX. Según Fukuyama, “la tecnología hace posible la acumulación ilimitada de riquezas, y de esa manera, la satisfacción de la continua expansión de deseos humanos. Este proceso garantiza una homogenización de las sociedades, sin importar sus orígenes históricos o herencias culturales” (Fukuyama,1997:4). El siglo de la tecnología ha permitido que diferentes sociedades encuentren un punto de homogenización de la producción y por extensión, de formas de vida.

Esta homogenización global acelera el proceso mediante el cual, según Fukuyama, se desarrolla la Historia. Fukuyama es un seguidor declarado del proyecto hegeliano y su entendimiento de la Historia. Para Hegel, la Historia es un continuo proceso de lucha por el reconocimiento donde diferentes conciencias se enfrentan las unas a la otras. De acuerdo a Fukuyama, con el advenimiento de la democracia liberal, este proceso ha llegado a su fin, en tanto las nuevas tecnología y formas de producción han permitido una igualdad y simetría en la lucha por el reconocimiento. Hemos penetrado una faz de la Historia donde todos somos mutuamente reconocidos por igual.

Así, el final del siglo XX es, según Fukuyama, la época que marca el fin del proceso histórico visionado por Hegel. La humanidad llega a su punto cumbre en la consecución del Espíritu Absoluto; pura abstracción y puro pensamiento

por fin hacen su entrada en la Historia. A partir de entonces, la homogenización pautada por las tecnologías impulsa a todas las culturas del mundo a seguir e incorporarse al proceso iniciado en Occidente pero que ahora será competencia de la humanidad entera; a saber, la consecución de un espíritu racional absoluto desde el cual no hay punto de retorno.

Las tesis de Fukuyama, si bien son aceptadas por un puñado de entusiastas, cuentan con una amplia gama de detractores y escépticos. Pocos han notado, sin embargo, que décadas antes de la publicación de *The End of History*, un crítico canadiense señalaba y estudiaba algunos de los fenómenos que luego interesarían a Fukuyama, pero de ellos abstraería conclusiones radicalmente distintas.

Se trata de Mashall McLuhan. A diferencia de lo que ocurre con Hegel o Fukuyama, pocos consideran a McLuhan un filósofo de la Historia. Si bien sus obras están constituidas por estudios sobre arte, literatura, sociología y tecnología, McLuhan es ante todo un filósofo de la Historia. Su método nunca fue explícitamente esbozado, pero podemos catalogarlo como un determinista tecnológico, y bajo las pautas de este método elaboró su sistema de la filosofía de la Historia, y por extensión, sus consideraciones sobre el arte, la literatura y la sociología en el siglo XX.

En este sentido, McLuhan comparte con Fukuyama el hecho de que ambos otorgan a la tecnología un papel central en la determinación de la Historia como proceso. Pero mientras que Fukuyama considera que la Historia, y en especial el siglo XX, es la consecución de un proceso

irreversible, McLuhan postula que el siglo XX es un regreso a la época tribal del hombre, dejando entrever que la Historia no es un proceso rígido y teleológico.

La vida artística del hombre forma parte de la Historia como proceso. Por ende, si el siglo XX marca un regreso a la era tribal de la humanidad, las formas artísticas de ese siglo también constituyen un regreso a las formas artísticas tribales. El arte es, como postulaba Alfred Kroeber (1969), reflejo de las condiciones histórico-culturales de una época específica. Teniendo esto en cuenta, en las próximas líneas elaboraremos un esbozo general de las ideas de McLuhan, y nos concentraremos en las implicaciones que estas ideas tienen sobre la estética como disciplina.

Los cinco sentidos de la percepción y la tecnología

Si bien hemos mencionado que McLuhan es ante todo un filósofo de la Historia, sus ideas parten de la concepción biológica que este autor tiene del hombre. Sólo teniendo en cuenta las consideraciones que McLuhan hace en torno a la constitución biológica del hombre, podremos comprender de lleno su filosofía de la Historia, y por extensión, sus ideas estéticas.

McLuhan (1967) dirige su atención hacia la manera en que está constituido el sistema nervioso del organismo humano. De acuerdo a McLuhan, el sistema nervioso mantiene en un adecuado balance a los cinco sentidos por medio de los cuales articula la percepción. Ésta es una característica general de los sistemas nerviosos de

organismos complejos. Por supuesto, algunos animales desarrollan un sentido de forma más aguda que otra. El mapache y la gran mayoría de los insectos, por ejemplo, han desarrollado el sentido del tacto mucho más que el resto de los sentidos, lo mismo que el murciélago con el oído o el perro con el olfato.

No obstante, una característica esencial de los sistemas nerviosos complejos es que, si bien en algunas especies se privilegia a un sentido sobre otro, se mantiene un balance general entre los cinco sentidos. Aún si el tacto es el sentido más importante para el mapache, su sentido de la vista o del oído sigue siendo empleado considerablemente.

En el mundo moderno se ha desarrollado la idea de que el hombre es ante todo un animal *visual*. Como veremos más adelante, si bien esto puede no dejar de ser cierto, McLuhan insiste que los atributos visuales del hombre han sido exagerados en el Occidente moderno, y que en realidad el hombre no es un ser tan visual como hemos estado acostumbrados a pensar. “El hombre occidental, en su modo categórico, se alimenta de uno o dos elementos en cualquier situación y reprime el resto. Las conexiones son visuales: en realidad no existe conexión alguna entre figura y fondo sino sólo interconexión” (McLuhan y Powers, 1996:37).

Tal como lo apuntaba Bergson, el ojo humano posee una complejidad inigualable en el resto de las especies animales. No obstante, el sistema nervioso humano está diseñado de manera tal que necesita de la articulación y el ejercicio del resto de los sentidos.

Si por una determinada razón, un sentido de percepción es desmesuradamente privilegiado sobre el resto de los sentidos, este hecho traerá contundentes consecuencias psicológicas y sociológicas a la especie. Por extensión, el arte, las formas de organización social y familiar, la cosmovisión, etc., vienen a estar determinadas en gran parte por el modo en que se distribuya el uso de los sentidos.

Los seres humanos no somos los únicos animales en poseer lo que podemos conceptualizar como 'tecnología'. Como ha sido señalado por los estudios de Jane Goodall (2000), los chimpancés poseen algunos mecanismos tecnológicos que les permite la consecución de algunas de sus necesidades. El ejemplo más célebre, el del uso de ramas ensalivadas para atraer hormigas, es suficiente evidencia para comprobarlo. En este caso en particular, los chimpancés utilizan la rama para facilitarle el trabajo a sus manos y boca.

Este sencillo ejemplo de los chimpancés es suficiente para expresar lo que McLuhan entiende por 'tecnología': a saber, una extensión del cuerpo humano. En el ejemplo que hemos mencionado, el chimpancé utiliza la rama como extensión de su mano.

El hombre se ha caracterizado por ser la criatura que con mayor complejidad ha utilizado instrumentos como extensión de su cuerpo. La tecnología más primitiva en la historia de la humanidad consistió en extensiones de las extremidades del cuerpo. En este sentido, la rueda, los mazotes, los utensilios de bronce, etc., todas ellas herramientas que sirven como extensión de las

extremidades, constituyeron el tipo de tecnología predominante en el Paleolítico y el Neolítico.

Muy pronto, la cualidad cibernética del ser humano se empezó a desarrollar a niveles muy superiores con respecto al resto de las especies. Como lo sugieren Rapaport (2002) y Burkert (1995), el rito constituyó una de las primeras formas de comunicación humanas que trascendió al lenguaje como simple forma de intercambio de información. No obstante, eventualmente los seres humanos hicieron con la comunicación lo que previamente habían hecho con el resto de las actividades primordiales: emprendieron la búsqueda de mecanismos que les permitiera encontrar extensiones de su cuerpo a fin de afianzar el proceso comunicativo.

La comunicación se trata, ante todo, de un proceso sensorial. El sistema nervioso recoge información por medio de los órganos que sirven de puente entre la realidad exterior y los cinco sentidos presentes en el cuerpo humano. Así, las tecnologías de comunicación, y por ende, los *mass media*, no son más que extensiones de los sentidos.

De ese modo, los diferentes medios de comunicación desarrollan un sentido en oposición a otro. De acuerdo a McLuhan, la extensión de los sentidos por medio de las tecnologías de comunicación viene a ser la variable que determina el resto de los rasgos centrales de una determinada cultura. En este sentido, dependiendo del tipo de tecnología de la comunicación que se utilice con mayor difusión, o en mejores términos, dependiendo del sentido de percepción que se privilegie, variarán las culturas. Llevado a su

extremo lógico, el esquema de McLuhan nos permite deducir cinco tipos ideales² fundamentales de cultura: cada una caracterizada por el privilegio de un sentido de percepción.

El impacto de la imprenta

El desarrollo de las tecnologías de comunicación ha venido a constituir, según McLuhan, el proceso fundamental que determina la caracterización de las sociedades. La manera en que los medios de comunicación (entendidos como tecnologías, es decir, como extensión de uno de los sentidos de percepción) están pautados hace que éstos se conviertan en la matriz del resto de los componentes de la vida social.

La manera en que una sociedad transmite información es la variable determinante. Valga destacar que McLuhan insiste en que lo verdaderamente determinante *no es la información que fluye, sino la manera en que ésta lo hace*. Así, McLuhan (1966) formula la frase a través de la cual su pensamiento ha sido popularmente difundido: “el medio es el mensaje”.

Las diferencias entre valores y mensajes transmitidos en sociedades son secundarias frente a las diferencias entre las maneras en que los propios mensajes son transmitidos. Más aún, la manera en que se transmite información influye unilateralmente sobre la propia información

difundida. Tal como lo expresa Christopher Ricks, “no se trata de lo que dice directamente un medio de comunicación, sino lo que le hace a lo sensorio”. El medio es el mensaje en tanto lo que realmente influye en el desarrollo de una determinada sociedad no es el contenido de los mensajes, sino su *forma*.

Teniendo esto en cuenta, McLuhan procede a analizar la manera en que las tecnologías de la comunicación han determinado el curso de la Historia. Tal como lo hemos mencionado, el hombre es un ser que, si bien aparentemente depende extensamente del uso de la vista en su percepción, en realidad es una criatura con un sistema nervioso integralmente compuesto, en tanto articula una conjunción de los cinco sentidos.

De acuerdo a McLuhan, los informes etnológicos presentan evidencia de que las denominadas “culturas primitivas” están caracterizadas por un balance entre la articulación de los cinco sentidos en sus tecnologías de información, pero sutilmente dominadas por una preferencia al oído. No resulta ser pura coincidencia, entonces, que la mayoría de los antropólogos caractericen a las culturas de acuerdo al uso o desuso que hacen de la escritura.

Mircea Eliade (1997) y Bronislaw Malinowski (1957), por ejemplo, insistían que una característica fundamental de los mitos es su necesidad de ser *contados* oralmente. El

² Es importante resaltar que hemos mencionado ‘tipos ideales’. Según la definición de Max Weber sobre esta categoría en las ciencias sociales, un tipo ideal viene a ser una forma de abstracción platónica que rara vez encuentra paridad con la realidad investigada. Conviene mantener esto en cuenta, en tanto McLuhan nunca caracterizó los cinco tipos de sociedades a los cuales hemos hecho referencia, sino que más bien comprendió que algunas sociedades están dominadas por un privilegio *no exclusivo* de un sentido en la percepción.

antropólogo puede elaborar un registro escrito de los mismos, pero apenas está aprehendiendo una minúscula parte de la naturaleza de los mitos.

En las denominadas 'culturas de la escritura', y las 'religiones del Libro', el oído sigue siendo el sentido rector en la percepción. Si bien la tradición oral da paso a la escritura, a la recolección de información inscrita en tinta sobre pergaminos, el oído se mantiene como el medio a través del cual se internaliza toda la información. Los libros sagrados son redactados de manera tal que son leídos *públicamente* y en voz alta.

De acuerdo a McLuhan (1967), la armonía existente entre los sentidos de percepción, y el privilegio de la voz, cambiaron radicalmente de rumbo con la invención de la imprenta. La producción masiva de libros implicó un cambio repentino en el modo de transmitir información, y por extensión, de los modos de organización y valores de Occidente.

La imprenta supuso el desplazamiento del oído como sentido rector de la percepción. A partir de entonces, el ojo establecería su imperio como sentido dominante. La escritura es una extensión de la vista, y en este sentido, la imprenta vino a ser un medio de comunicación que privilegiaba a la vista y suprimía al resto de los sentidos.

El privilegio de la vista trajo consigo múltiples consecuencias. A diferencia del resto de los órganos de percepción, el ojo humano tiene una tendencia a percibir las imágenes de forma lineal. De hecho, la escritura occidental está diseñada de manera tal que una letra sigue a otra en línea recta para conformar una palabra, y una palabra sigue a otra para conformar una frase. El oído y el acto,

sentidos que previo a la invención de la imprenta dominaban en el flujo de la información, se caracterizan por sus rasgos difusos en la aprehensión de la información recibida. Ni el oído ni el tacto están formulados de manera 'lineal'. Los sonidos provienen de todas partes para ser conjugados en el oído, y el sistema nervioso no organiza las imágenes acústicas de la misma manera en que lo hace con las imágenes visuales.

El imperio de la vista supuso la imposición de una forma de vida 'lineal' que deriva de la manera en que es recogida la información visual. Las cronologías suplantaron a las imágenes difusas y multilaterales en la narración. Los ángulos rectos y la agudeza de las formas caracterizaron las formas artísticas de la plástica, substituyendo a las imágenes aparentemente no balanceadas de la plástica primitiva. Como previamente lo había señalado Max Weber (1992), la burocracia jerarquizada vino a constituir la forma dominante de organización social y política, siendo dependiente de un principio lineal donde las decisiones y las pautas políticas están organizadas análogamente al modo de operar de la vista. Los compases perfectos y estructurados unilateralmente dominaron la música.

Más importante aún, el hombre moderno se apropió de un modo de concepción del tiempo que ya otros antropólogos atribuían al desarrollo de la tradición Judeo-Cristiana, pero que McLuhan, sin llegar a disputar a los otros investigadores, prefiere atribuir al desarrollo de la imprenta. Notablemente en las obras de Mircea Eliade y Claude Levi-Strauss (1997), se evidencia una tendencia a caracterizar dos tipos de concep-

ciones del tiempo: las cíclicas y lineales en la obra de Eliade, y las 'frías' y 'calientes' en la obra de Levi-Strauss. Al final de cuentas, estas caracterizaciones en realidad consisten en indicar que los primitivos tienen una noción difusa y poco teleológica del tiempo, mientras que el hombre moderno tiene una concepción unilineal del tiempo, con un propósito y un rumbo específico. McLuhan (1966) atribuye esta 'linealidad' del hombre moderno al desarrollo de la imprenta y su privilegio del sentido lineal de la vista.

La invención de la imprenta implicó un cambio total en la manera en que el hombre Occidental pensó el mundo, y por ende, procedió a actuar. El espacio acústico, aquél en el que existe un equilibrio entre los sentidos de la percepción dio paso al espacio pictórico de formas definidas y estructuradas. El pensamiento del hombre tribal, en tanto conjugaba todos sus sentidos, estaba caracterizado por el predominio de imágenes poco concentradas y mucho más difusas y elaboradas. "El hombre del mundo tribal llevaba un vida caleidoscópica y compleja precisamente porque el oído, a diferencia del ojo, no puede ser enfocado y es sinestético en vez de lineal y analítico" (McLuhan, 1966:7).

La secuencia de palabras escritas y masivamente difundidas a través de la imprenta supuso el eventual abandono de las formas poéticas de imágenes que caracterizan al mundo dominado por la interacción de los cinco sentidos; aquél mundo donde el pensamiento no concentra su atención en determinados puntos, sino que forma imágenes y conceptos difusos y dispersos.

Pocos autores han señalado los puntos de encuentro entre las posiciones de McLuhan y Jacques Derrida. A pesar de que a Derrida le conciernen más los aspectos filosóficos y metafísicos que las implicaciones mecánicas, ambos atribuyen a la invención de la escritura consecuencias impactantes sobre el desarrollo de Occidente. No obstante, mientras que Derrida intenta, a su manera, deconstruir las oposiciones existentes en la filosofía tradicional en relación a la escritura y el habla, McLuhan pareciera incentivarlas y reforzarlas. Al igual que el Platón del *Fedro*, McLuhan se hace eco de las tendencias logocéntricas que Derrida (1994) ha denunciado, en tanto atribuye al desarrollo de la escritura muchos de los problemas que hoy en día enfrenta Occidente.

El hombre tribal que privilegia al oído lleva un tipo de vida mucho más dionisiaco, mientras que el hombre lineal moderno es un apolíneo con rígidas formas de organización social y estilos de pensamiento que, a la larga, desestabilizan el balance naturalmente programado que existe en el sistema nervioso humano.

Previo a la invención de la imprenta ya se estaban gestando las primeras formas de pensamiento lineal. El desarrollo del alfabeto fonético que ha caracterizado a Occidente implica la tecnicidad de asociar símbolos con sonidos, en vez de con conceptos propiamente. Esto permite que la atención sea mucho más concentrada sobre sonidos específicos que sobre la difusa y amplia gama de pensamientos que surgen en la mente. Los rasgos imaginativos y distintivos de la época acústica empezaron a desaparecer para dar paso a la organización racional y secuencial del espacio.

“En la medida en que el conocimiento se extiende en forma alfabética, se localiza y fragmenta en especialidades, creando la división de las funciones, clases sociales, naciones y [sobre todo], conocimiento” (McLuhan, 1966:8). Si bien en este pasaje Aristóteles no es mencionado, se deja entrever que, a diferencia de Platón y su obvia desconfianza socrática hacia la palabra escrita, aunado a su uso de formas imaginativas características del mundo acústico, Aristóteles (a pesar de ser muy anterior a la imprenta) es uno de los fundadores del mundo lineal. Su característica división y clasificación del conocimiento y del mundo en general en forma lineal es apenas el germen de lo que luego se desarrollaría aún más con la invención de la imprenta.

Del mismo modo, como lo señala en el pasaje que recién citamos, McLuhan atribuye a la invención de la imprenta el auge del nacionalismo europeo, con todas sus implicaciones que hoy en día repercuten en nuestro mundo Occidental. Así como el cosmos empieza a ser organizado de forma lineal, los espacios geopolíticos son divididos en sectores concentrados. Las sociedades tribales son tradicionalmente definidas por los antropólogos como aquéllas que carecen de organización estatal. El Estado es una institución que requiere de la concentración específica de funciones y poderes. Esto fue posible en gran medida a raíz de las formas lineales de pensamiento que concentran la atención sobre entidades específicas, a diferencia de la forma difusa de proceder de los espacios acústicos. La vista, en tanto un sentido analítico, permite la fragmentación de las cosas. Extendiendo esta premisa a su extremo

lógico, el privilegio de la vista permitió la fragmentación del continente en naciones.

Aunado a esto, la invención de la imprenta permitió la difusión masiva de documentos escritos, de manera tal que ahora estos documentos ya no requerían de las funciones de los escribas, sino que estaban sometidos a un proceso mecánico de producción. Puesto que las imprentas suplantaban a los escribas, ahora era posible publicar documentos en vernáculo, ya que se podía prescindir de la necesidad de la labor de los escribas, quienes para poder alcanzar a todos los rincones del continente europeo, necesitaban redactar sus documentos en latín. Así, no resulta coincidencia que Descartes, el primer gran filósofo en escribir en vernáculo, y de igual manera Lutero, el primer teólogo en intentar traducir la Biblia a las lenguas europeas, desarrollaran sus obras apenas unos siglos después de la invención de la imprenta. Como ha sido bien señalado por Ernest Gellner, el privilegio de las lenguas vernáculos, en tanto factor principal de la conformación de identidades, resultó ser esencial en el desarrollo del nacionalismo (Gellner, 1983).

Además de la imposición de las formas lineales de pensamiento y expresión producto del dominio de la vista, el desarrollo de la imprenta impulsó el espíritu individualista característico de Occidente. Los textos ya no eran necesariamente leídos en voz alta, ni discutidos con su fuente de autoría. Cada quien podía leer los textos y aprehender la información individualmente. El dominio de la vista hace posible que se prescinda de la interacción característica de culturas donde

los sentidos sensoriales están adecuadamente balanceados.

De acuerdo a McLuhan, la imprenta fue, sin duda, un medio tecnológico sin precedentes en la historia de la humanidad. Lo mismo puede decirse del resto de las innovaciones tecnológicas que han permitido al hombre alcanzar logros que, sin las extensiones de su cuerpo, jamás se habrían adquirido. No obstante, Occidente se ha caracterizado por no comprender, o más aún, *por no querer comprender* los efectos que produce la tecnología sobre la sociedad. El hombre tecnológico es un ser anestesiado que no se percata de los poderosísimos efectos que produce la tecnología.

Hemos subrayado la palabra 'anestesiado' porque, según McLuhan, la disposición humana en relación al uso de la tecnología está bien expresada en el mito de Narciso. Como es sabido, este mito narra la historia de un joven que, viendo su reflejo en el agua, se enamoró de su propia imagen, y frustrado por ello, se convirtió en una flor. Tradicionalmente (y en parte debido a la influencia de los psicoanalistas) se ha interpretado este mito de forma errónea. Se insiste que Narciso se enamoró de sí mismo, cuando en realidad eso no es lo que narra el mito. Narciso se enamoró de la *imagen* producida por el agua (un medio tecnológico de reproducción de imágenes), creyendo que esa era su propia imagen³. Su castigo fue haberse convertido en flor. Narciso subestimó el poder de la tecnología, creyó que la imagen

contemplada era él mismo, sin percatarse que se trataba de un producto proveniente de un medio tecnológico. El nombre de Narciso está etimológicamente asociado a la palabra 'narcótico', entendida en un sentido anestésico. El hombre tecnológico, en tanto un *narcisisista* (en el sentido mcluhaniano, opuesto al psicoanalítico), se encuentra anestesiado frente al poder de la tecnología. No logra caer en cuenta de los efectos que el desarrollo tecnológico trae consigo, y por ende, paga caro su estado narcótico.

El hombre se encuentra alienado a la tecnología, pero no en un sentido marcuseano. Se aliena a la tecnología en tanto la subestima. Precisamente por esta subestimación, no se encuentra prevenido frente a los efectos que ella produce, permitiendo así el desarrollo de cambios bruscos en el curso de la Historia, para los cuales no siempre ha estado preparado. Prueba de esto ha sido, según McLuhan, las guerras nacionalistas de finales de la Edad Media y más recientemente, la proliferación de la esquizofrenia entendida por McLuhan como una enfermedad mental producto de la desestabilización del balance de los sentidos debido al privilegio moderno de la vista.

McLuhan concede que, de vez en cuando, hemos logrado reconocer los efectos que la tecnología ha tenido sobre el curso de la Historia. Pero lo hacemos de manera tardía. Nos percatamos del impacto de los avances tecnológicos de *épocas pasadas*. Rara vez logramos ver el impacto

³ La interpretación mcluhaniana del mito de Narciso influirá posteriormente, aunque de forma indirecta, en los escritos del francés Jean Baudrillard (*Pantalla total*. Barcelona: Anagrama. 1998), quien se ha esforzado en alertar contra los peligros que surgen de las ilusiones creadas por los medios de comunicación en el desarrollo de los espacios virtuales y de simulación.

de las tecnologías contemporáneas, seguimos siendo narcisos. Este es el efecto que McLuhan ha llamado 'el espejo retrovisor'. Nuestra dosis anestésica nos hace ver hacia atrás, reflexionar sobre desarrollos ya pasados, nunca sobre lo que ocurre actualmente. Así pues, logramos apreciar el impacto de la imprenta, pero nos rehusamos a reconocer el impacto de las tecnologías contemporáneas, cuestión que, como lo señalaremos en el próximo punto, McLuhan se esfuerza en invertir.

Muchos críticos han responsabilizado a McLuhan de exagerar los efectos que un solo acontecimiento, a saber, la invención de la imprenta, pudo tener sobre el desarrollo del mundo Occidental. Ciertamente estas críticas son válidas, en tanto es prudente sospechar de cualquier sistema historiográfico que pretenda atribuir todo un orden conceptual al simple desarrollo de un mero acontecimiento. Si hemos de seguir a McLuhan, estos críticos son narcisos, en tanto, al igual que el trágico héroe, su renuencia a admitir el poder de las tecnologías los anestesia contra los profundos cambios que se han desarrollado, y por extensión, que se seguirán desarrollando. Pero más allá de eso, McLuhan tiene éxito en continuar la caracterización que los antropólogos hacen del mundo tribal en oposición al mundo moderno; a saber, el primero está caracterizado por nociones cíclicas del tiempo así como por formas acústicas de percepción y formación de imágenes, mientras que el segundo está conformado por nociones lineales, acompañado de formas visuales, racionales y analíticas.

El regreso a la era tribal

Como señalamos más arriba, el efecto narcótico del hombre tecnológico no es absoluto. Ciertamente hemos estado dispuestos a reflexionar sobre los efectos que la tecnología ha tenido sobre nuestras vidas. Pero solo hacemos en relación a las pasadas tecnologías, de ahí el efecto del 'espejo retrovisor'. En su obra de madurez, McLuhan se propuso combatir este efecto e insistir en el impacto de las tecnologías contemporáneas, centrandó sus escritos en el medio que, según él, es el paladín de las nuevas tecnologías de la comunicación, a saber, la televisión.

Popularmente se considera que la televisión es ante todo, un medio *visual*. Aunque esta concepción de la televisión es naturalmente comprensible, McLuhan insiste que es errónea. La televisión no es un medio visual, más bien se trata de un medio *multi-sensorial*.

Hemos visto que las tecnologías visuales operan de forma lineal. Debido al modo en que funciona el ojo humano, los mensajes visuales son emitidos de manera tal que aquél que los recibe concentra toda su atención en imágenes que ya han sido nítidamente definidas. La información recibida se encuentra adecuadamente organizada por el medio visual, en oposición a la información acústica o táctil, que se caracteriza por ser difusa y poco estructurada.

Ahora bien, en el desarrollo de las tecnologías de información, McLuhan observó que existen dos tipos de acuerdo al modo en que están diseñadas para difundir la información. Los media '*hot*' constituyen el tipo de tecnologías que desde

la invención de la imprenta han dominado el flujo de información. Se caracterizan por ser altas en resolución, y por ende, requieren de poca participación y esfuerzo de aprehensión por parte de aquellos que la reciben. El método visual de transmisión de información ha sido tradicionalmente un modo '*hot*' de tecnología cibernética. El modo lineal está estructurado de manera tal que el ojo humano capta imágenes que ya han sido formuladas y que contienen un alto nivel de resolución, reduciendo la necesidad de participación y captación por parte del sujeto. Por el contrario, los media '*cool*' se caracterizan por tener bajos niveles de resolución en la emisión de los mensajes, y por ende, requieren de un mayor nivel de participación por parte de aquéllos que reciben la información (McLuhan, 1966).

Los media '*hot*' son característicamente lineales. Difunden la información de un modo impersonal, de manera tal que aquéllos que la reciben son meros agentes receptores y pasivos de quienes no se requiere un gran nivel de participación en la percepción. Cabe aclarar que, si bien los media '*hot*' son efectos derivados del privilegio de la vista en las formas sensoriales, de ninguna manera están exclusivamente confinados a los medios visuales de información. El hecho de que nuestra civilización esté caracterizada por el privilegio de la vista no significa que Occidente haya rechazado a las formas musicales de expresión. Se trata más bien de resaltar el carácter lineal que predomina en las formas acústicas de expresión, las cuales provienen del privilegio de las formas visuales. Así, por ejemplo, si bien el radio es un medio acústico de información, sigue siendo un '*hot*' media, en tanto se sigue el modelo

lineal de emisión y recepción de información unilateralmente; las imágenes emitidas no son difusas. A pesar de que se utiliza el oído, se trata de un medio estructuralmente visual, en tanto su funcionamiento es análogo al modo analítico en que opera la vista.

Algunos ejemplos servirán para demostrar las diferencias entre '*hot*' y '*cool*' media. Una foto es un hot media, en tanto se presenta la imagen tal como es, y el espectador no tiene que hacer otra cosa más que contemplarla. Por el contrario, un dibujo o una caricatura requieren de la participación del vidente, en tanto las formas no están totalmente definidas. Una clase magistral es un hot media, en tanto el estudiante recibe la información unilateralmente, mientras que un seminario es un hot media en tanto los estudiantes participan y la información recibida no contiene una resolución del todo alta.

En el mundo de las tecnologías de información contemporáneas, la televisión es un *cool media*. La televisión está diseñada de manera tal que, si bien se reciben imágenes visuales, el espectador no las aprehende con un muy alto nivel de resolución, sino que, por el contrario, requiere de su participación para poder *internalizar* las imágenes adecuadamente, activando así el resto de los sentidos que, por lo general, habían sido suprimidos frente a la vista por el desarrollo de los hot media.

Plantearé un ejemplo que, hasta donde tengo conocimiento, McLuhan nunca utilizó. A partir de los años setenta, con el desarrollo del *Betamax*, las películas que previamente se habían presentado en los cines, ahora podían ser vistos

en los hogares a través de la televisión. Si bien el contenido es el mismo (a saber, la misma película), los efectos de ambas tecnologías, y por extensión, el mensaje en sí, difieren notablemente entre ambas experiencias. Esto confirma la célebre frase de McLuhan “el medio es el mensaje”; las diferencias de medio pueden crear experiencias totalmente distintas, aún si el contenido de los distintos medios es el mismo.

Cuando vamos al cine, nos sentamos, las luces se apagan, se nos pide que apaguemos nuestros teléfonos y que permanezcamos en silencio. El espectador recibe la información de forma ‘hot’, en tanto no participa de lo que ocurre, simplemente se sienta a observar. Las imágenes expuestas tienen un alto nivel de resolución, y por extensión, la participación se reduce. Esta misma película puede ser llevada a casa a través del *DVD*, pero la experiencia será muy distinta. Si vemos la película por medio de la televisión, seguramente conversaremos con nuestros compañeros, nos moveremos, etc., expandiendo así nuestro nivel de participación. El equipo de televisión suele estar en el medio de una sala alrededor del cual se congregan los asistentes y se confirma su conformación como medio de interacción entre aquéllos que la rodean, cuestión que no ocurre en las salas cinematográficas. El resto de los sentidos se activa, y la información no es recibida de manera exclusivamente lineal. A pesar de ser dos medios aparentemente muy similares, el cine y la televisión mantienen profundas diferencias.

Las imágenes televisivas son mucho más difusas que otros medios visuales como el cine. Si bien con la televisión se reciben imágenes, el nivel

de atención por parte de los televidentes no es el mismo. El televidente no está exclusivamente confinado a recibir imágenes lineales y, por ende, a privilegiar a la vista. El tacto se activa muchísimo más, el espectador quiere ser parte de lo que ocurre dentro de la pequeña caja. Esto se evidencia en los deportes transmitidos televisivamente. Los espectadores no se limitan a recibir la información de forma lineal. Por lo general gritarán, se moverán, imitarán lo que ocurre en la escena, etc. El sentido privilegiado en este tipo de medio ya no es la vista exclusivamente, ni tampoco se emite la información unilateralmente.

Cabe señalar que, en el cine, muy rara vez los actores se dirigen a la cámara directamente. El hecho de dirigirse a la cámara implica que el vidente active todos sus sentidos, en tanto es invitado a reaccionar y responder a la comunicación iniciada en el otro lado de la pantalla. En la televisión es mucho más frecuente que esto ocurra, lo cual manifiesta que se trata de un medio mucho más activo.

La televisión ha venido a convertirse en el medio dominante de la era electrónica. Siguiendo la línea de argumento de McLuhan, las tecnologías de información vienen a ser determinantes en el resto de las esferas de la vida social. Si, durante la época moderna, la imprenta privilegió un estilo lineal y unisensor que se extendió a toda la civilización occidental, ahora en la era electrónica, la televisión privilegia el estilo difuso y multisensor que caracteriza al hombre tribal.

En este sentido, la era electrónica es un regreso a la época tribal del hombre. En otro de sus conocidos *slogans*, McLuhan afirma que, con

el imperialismo, Oriente se occidentaliza, pero con la era electrónica, Occidente se *orientaliza*. Las formas sociales, la cosmovisión, y sobre todo, la estética de la era electrónica vienen a reunir las mismas características que hemos señalado para la era tribal.

El hombre electrónico no parece encontrarse preparado para enfrentar estos cambios. Tal como sucede con el 'efecto del espejo retrovisor', apreciamos el impacto de pasadas tecnologías, pero nos rehusamos a considerar el impacto que tiene la televisión sobre nosotros. McLuhan asumió el papel de una suerte de profeta maldito que advirtió sobre las transformaciones que, para bien o para mal, empañan a la era electrónica McLuhan (1966).

La estética electrónica

Todo lo electrónico puede pensarse, siguiendo a McLuhan, como 'neo-tribal'. En este sentido, la estética de la era electrónica, aquella caracterizada por el dominio de los *mass media*, es una reactualización de la estética primitiva. Ambos tipos de estética exaltan el balance y la utilización de los cinco sentidos del sistema nervioso, con todas sus implicaciones. La cultura oral y el medio televisivo son formas análogas de conformación estética que organizan la representación artística de manera difusa, exaltada y flexible, en oposición a la rigidez y alta definición del mundo lineal y de las formas 'hot' de tecnologías de comunicación.

Claude Levi-Strauss sostiene que el arte primitivo se caracteriza por una ausencia de

interés meramente representativo. El artista primitivo articula una relación mística con el objeto representado, mucho más que la 'sobre-representación' que caracteriza al arte moderno. Como lo expresa David Pace, "para el primitivo, el objeto que ha de ser representado tiene un sentido que se extiende más allá de su existencia física" (Pace, 1985:51). Las formas realistas de representación se encuentran relativamente ausentes en el mundo tribal. El arte primitivo está mucho más caracterizado por el sentimiento y la mistificación de la emoción estética que su contraparte representacionista y desmitificada del mundo moderno.

La representación es una cualidad propia del sentido visual. El ojo humano es capaz de captar imágenes de forma mucho más nítida y analítica que el resto de los sentidos. En este sentido, McLuhan coincide con Levi-Strauss y su escuela al postular que, en efecto, el arte visual (moderno) tiene una inclinación hacia la representación de las formas, muy altas en nivel de nitidez y definición. El hombre moderno, a través de la representación característica de las formas lineales de pensamiento, pretende apropiarse del objeto representado.

Éstos son rasgos ausentes en el arte primitivo. El privilegio de las formas auditivas y táctiles de pensamiento hace imposible que la estética consista en formas exclusivamente representacionistas. El oído y el tacto no poseen la nitidez ni la capacidad analítica del ojo. Por el contrario, como hemos venido reiterando, se caracterizan por organizar la información sensorial de forma difusa, poco concentrada,

exaltando así las experiencias místicas y suprimiendo las formas analíticas de representación. El arte de la era electrónica viene a ser una reivindicación de estas formas auditivas y táctiles de estética.

La filogenia recapitula a la ontogenia, reza un conocido axioma sostenido por muchos antropólogos y psicólogos. El desarrollo de la personalidad del niño ocurre de forma paralela al desarrollo cultural de la humanidad. En el área de las artes visuales, la gran mayoría de los críticos han hecho notar que, a partir de la segunda mitad del siglo XX, se evidencia una tendencia a forjar representaciones estéticas que intentan marcar una pauta infantilizada en los objetos estéticos. Los grandes genios de la pintura, una vez que han perfeccionado las técnicas modernistas de representación, encuentran muchísimo más difícil, “aprender a pintar como niños”, y su esfuerzo está orientado hacia esa empresa.

Si en la era contemporánea se evidencia un esfuerzo por volver a la infancia, entonces esto también debe entenderse como un esfuerzo por volver a la época primitiva del hombre. El niño es un ser que no posee la capacidad analítica y representativa del adulto. Pero, el niño es capaz de sentir mucho más, de dejarse llevar por las emociones. Lo mismo puede decirse del primitivo según el entendimiento de McLuhan. El privilegio de sentidos no analíticos, como lo son el tacto y el oído, permite al hombre tribal a forjar experiencias místicas. El hombre electrónico, aquél que está mediado por la estética pautaada por las formas televisivas, busca despojarse de las formas analíticas de representación, e intenta regresar a

ese mundo tribal multi-sensorial que la televisión ha reactivado.

Ya no hay líneas perfectamente elaboradas. La secuencia lineal de la estética, preferida del imperio de la vista, es ahora suplantada por las formas oblicuas que privilegian los múltiples sentidos del sistema nervioso. La fotografía, lejos de querer representar una realidad, busca, por el contrario, distorsionarla. Lo visual pronto se ve opacado por lo táctil y lo auditivo. Las formas estéticas visuales seguirán dirigiéndose al ojo, pero a partir de ahora lo harán como si la vista operara de forma análoga al tacto o al oído.

La música, a pesar de ser una forma estética auditiva, mantuvo el sentido lineal característico de la vista que ha dominado a Occidente desde la invención de la imprenta. La nueva música, ya no se sustentará sobre los principios ‘visuales’ que ha caracterizado a la música occidental. Ya no habrá compases, permutaciones o secuencias lógicas de notas musicales y ritmos. La nueva música se verá invadida por una difusión de sonidos evocadores de experiencias místicas, sonidos que no necesariamente guardan una secuencia lógica entre sí. A la manera posmoderna, ya no habrá reglas fijas para composiciones, la música se emancipa de la mecanización característica del mundo dominado por la imprenta y el privilegio de la vista.

Ya no habrá cronologías ni tramas ni secuencias en las narraciones. Las recomendaciones de Aristóteles con respecto a la estructura de una trama serán prescindidas. La narración de la era electrónica será un ‘eterno retorno’, sin principio ni fin, con una evidente ausencia de

límites que el sentido de la vista nos tiene acostumbrados a establecer. Las narraciones pierden el obsesivo sentido que el propio Aristóteles exigió de ellas. Ya no se concentrarán en acciones y emociones específicas, sino que se perfilará una trama orgánica e integral, característica del espacio acústico de la era tribal y electrónica.

El realismo de finales del siglo XIX es generalmente concebido como una reacción contra el romanticismo que dominó al siglo XIX casi en su totalidad. La estética electrónica es en gran medida una continuación del movimiento romántico. La emoción es resaltada, en tanto lo oral lleva una carga afectiva mucho mayor que lo visual. Un “cuentacuentos” tiene mayor poder emocional que un frío cronista y archivista.

La estética electrónica mantiene un carácter psicodélico. McLuhan insiste que si en el mundo electrónico prolifera el consumo de drogas, es porque el hombre electrónico quiere activar los sentidos que han sido suprimidos por el hombre moderno heredero de la imprenta. El consumo de drogas es en gran medida un forma de rechazo de las formas mecanicistas características del mundo que se rinde ante el imperio de la vista. La activación narcótica de los sentidos se expresa mediante la representación psicodélica de la nueva estética. La alucinación busca las experiencias místicas románticas reprimidas por el mecanicismo de la era visual.

Al igual que los artistas del romanticismo, las empresas fallidas, la nobleza del fracaso, la empatía con las víctimas también son incorporadas a la estética de la era electrónica. El mundo mecanicista de la cultura visual, el cual

aún sobrevive, orienta toda su violencia hacia los activadores de los sentidos previamente olvidados.

La ruptura entre un mundo visual y un mundo multi-sensorial es demasiado intensa como para pasar impune. Las nuevas generaciones condicionadas por las experiencias televisivas se oponen al dominio de las formas mecanicistas que se han sustentado sobre el sentido visual. Este choque generacional se manifiesta en el desconsolador nihilismo que se representa en la nueva estética.

En definitiva, se trata de una estética multi-sensorial que se sustenta en el rechazo de las formas visuales, y que, debido al conflicto intergeneracional, es una estética que plasma conflicto y desconsolación.

Conclusiones

El sistema nervioso humano se caracteriza por un balance de los sentidos. No obstante, desde la invención de la imprenta, Occidente ha otorgado un privilegio supremo a la vista, transformado significativamente a la sociedad y la estética moderna. La información ya no se transmite de forma oral, como en los pueblos primitivos, sino que es masivamente difundida de forma escrita, activando la vista y relegando las formas auditivas de comunicación a un segundo plano.

La burocracia, el Estado, el nacionalismo, el control de la vida cotidiana, el sentido del tiempo, la estética realista y la cronología en la narrativa son logros que se derivan del sistema ‘lineal’ que ha caracterizado al Occidente

moderno. Pero, con la invención de la televisión, se asiste a un regreso a las formas auditivas y multi-sensoriales de los pueblos primitivos. La televisión es un medio 'frío' de baja resolución y alta participación. Ya no sólo se emplea la vista, sino que se activan todos los sentidos en una suerte de experiencia narcótica.

El regreso a la multiplicidad de sentidos trae consigo impactantes consecuencias. Las formas lineales de organización social, pensamiento y estética colapsan. A partir de entonces, se marca un regreso a la era tribal del hombre donde no se piensa de forma lineal, sino difusa, por lo que se desprende una estética 'neo-primitiva' que se aleja de la racionalidad, de la cronología y del realismo, y marca un regreso a la difusión, a la oralidad, a la magia, y a lo místico.

Bibliografía

- Burkert, W (1995). *Homo Necans*. Stanford: Stanford Press.
- Derrida, J (1994). *Of grammatology*. London. Oxford.
- Eliade, M (1997). *La búsqueda*. Barcelona: Kairós.
- Fukuyama, F (1997). *The End of History*. New York: McMillans Publishers.
- Gellner, E (1983). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- Goodall, J (2000). *In the Shadow of Man*. Mariner Books.
- Kroeber, A (1969). *El estilo y la evolución de la cultura*. Madrid: Guadarrama.
- Levi-Strauss, C (1997). *Structural Anthropology*. New York: Basic.
- Malinowski, B. (1957). *Science and Religion*. New York: Anchor Books.
- McLuhan, M. (1966) *Understandig Media*. Boston: M.I.T. Press.
- McLuhan, M (1967). *The Mechanical Bride*. London: Oxford.
- McLuhan, M y Powers, B (1996). *La aldea global*. Colección El mamífero parlante. Editorial Gedisa.
- Pace, D (1985). *Levi-Strauss*. New York: Ark Editions.
- Rapaport, R (2002). *Ritual y religión en la formación de la humanidad*. Madrid: Oxford.
- Weber, M (1992). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.